

LA VOZ DE LA CARIDAD.



N.º 156.—1.º de Setiembre de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES A....

Un caballero de Sevilla.—Como no quiere V. que se publique su nombre, no nos atrevemos á poner las iniciales; pero no queremos dejar de dar á V. las gracias en nombre de los pobres, por los 30 rs. que les ha enviado.

C. de C.—Hemos recibido los 40 rs. que V. y otra persona nos envían para los pobres, como parte de una pequeña ganancia de lotería. Eso de destinar un 15 por 100 de tales ganancias para el socorro de los pobres, asociándolos á las satisfacciones de los ricos, es, prescindiendo de la mayor ó menor importancia del donativo, un ejemplo tan seductor que quisiéramos tuviera imitadores.

¡Dios dé á V. buena suerte en lotería y en todo! Reciba usted nuestra gratitud.

DE LA MENDICIDAD.

ARTÍCULO TERCERO.

EL LAZARILLO DEL CIEGO.

Hemos escrito más de una vez que no teníamos por una desgracia la *pobreza*, sino la *miseria*, es decir, la falta de lo ne-

cesario fisiológico; la carencia de aquellas cosas, que á menos de una resistencia excepcional, son necesarias para que no se altere la salud ó se abrevie la vida.

Siempre habrá pobres entre vosotros, y basta reflexionar un poco para comprender la verdad de estas palabras del Divino Maestro; la pobreza es una cosa muy relativa, difícil de definir, y seguramente imposible de estirpar: el mal grave y remediable es la miseria, cuya forma más ostensible y ménos simpática es la mendicidad.

Un encierro donde contra su voluntad se recluye á una persona, cualquiera nombre que se le dé, en la esencia, viene á ser una prision, con disciplina más dura ó más suave, pero una prision, y no hay derecho para tener en ella al que por no poder trabajar se vé en la miseria. Creemos, pues, que la beneficencia debería estar organizada de este modo:

Hospitales para los pobres que no pudieran estar bien asistidos en sus casas.

Hospicios para los niños que no pudieran ser alimentados ni educados por sus padres, abuelos ó personas que hicieran sus veces.

Casas de beneficencia para los ancianos é inválidos sin recursos que voluntariamente ingresaran en ellas, y socorros á domicilio á los que no quisieran entrar.

Siempre preferir la beneficencia domiciliaria y proscribir la mendicidad.

En nuestra juventud, dejándonos llevar enteramente por el corazon, y con menos experiencia, propendiamos á conceder el derecho de mendigar al pobre inválido; hoy creemos que la mendicidad es una cosa esencial é indefectiblemente inmoral y corruptora; no solo del mendigo, sino de su familia: un ciego, un imbecil, un tullido, es con frecuencia *una fortuna* para su familia, le produce una *renta*, y todos huelgan y viven de lo que él saca. Si los suyos pueden mantener al imposibilitado, que le sostengan, es su deber; sinó, que reciba un socorro de la sociedad, es su derecho; y contra él, lo mismo encerrarle contra su voluntad, que permitirle que suelto mendigue.

Donde no hay bastantes casas de beneficencia, ni la domiciliaria tiene la extension debida, ni la pública y la privada funcionan armónicamente, es un hecho inevitable, y parece un derecho la mendicidad del pobre inválido. El ciego tiene la especial circunstancia de que no puede pedir solo, lleva para que

le guie una persona, que suele ser un muchacho, el *lazarillo*; y si el niño que mendiga es el peor de los pilluelos, el *lazarillo* es el más pésimo de los mendigos, porque á la inmoralidad de sus relaciones con el público, añade la de las que tiene con el ciego, á quien engaña, de quien se burla, y de quien se venga á veces de una manera cruel. El ciego lo es tambien cuando puede castigar las travesuras, los descuidos, los fraudes y las perversidades de su guia, que se rie tantas veces de su impotencia, y llora algunas en que le alcanza su acumulada cólera. Las relaciones de estos dos seres son esencialmente propias para depravarlos, porque es punto menos que imposible que sean morales y armónicas.

El ciego teme ser engañado, se hace suspicaz; el *lazarillo*, además de la tentacion de ocultar una parte de la limosna, tiene la excusa de que han sospechado de él injustamente, y se venga de la ofensa, cometiendo la falta que le atribuye el ciego; éste, suponiendo que el *lazarillo* sustrae algo de lo que recoge, no le da lo suficiente, y en vista de que no le dan lo justo, se toma lo que no le corresponde.

El ciego se imagina que se burla de él, cuando reprende al *lazarillo*, que con la jocosa propension propia de la edad, se rie del ridículo que resulta de la cólera impotente, de aquel palo agitado en el aire, cayendo con violencia sobre un objeto inerte, de aquellos ojos que en vano se revuelven en sus órbitas, y de aquella boca que vomita improperios: hay pocos elementos más eficaces de depravacion, que la burla frecuente hecha por un niño, de la persona de un anciano.

El ciego necesita que, por calles, plazas, caminos y veredas, le aparten asiduamente de peligros y tropezones: en la edad del *lazarillo*, no es posible aquel cuidado constante, ni aquella prevision, ni el no distraerse á cada momento con cualquier cosa; y al ver que se le exige más de lo que puede hacer, no hace ni lo que podria, y se establece ese cambio de injusticias pequeñas, que tan bien predisponen para las grandes.

Podria continuarse el análisis de las relaciones del ciego con su *lazarillo*, pero lo dicho nos parece que basta para probar, que son necesariamente hostiles, y ocasionadas á desmoralizarlos á entrambos, y en especial al niño, que empezando la vida, contrae para toda ella malos hábitos, y da pávulo á malas inclinaciones, que determinan su perversidad.

Así, pues, ya que se autorice la mendicidad de los ciegos

pobres, de ningun modo debia autorizarse que fueran guiados por niños, sino por personas mayores, y aun ancianas; no es tan perjudicial como el que los acompañe un niño, pero lo es bastante y repugna, ver jóvenes ó personas robustas, dedicadas á guiar á un ciego, y á explotar su desgracia. ¿Por qué no habia de exigirse que el lazarillo estuviera imposibilitado para trabajar, ó tuviera al menos una edad avanzada? La infraccion á esta regla si se estableciese, seria fácil de probar, y no nos parece que la ley pasaba de sus justos limites, prohibiendo relaciones conocida é inevitablemente inmorales, y hechos, que malos en sí, conducen á otros peores, poniendo á un considerable número de niños, en situacion que hará de ellos hombres despreciables siempre, y muchas veces perversos.

Resulta, que la sociedad es, no solo cómplice, sino coautora del delito que el mendigo voluntario comete, porque él no pediria contra derecho, si ella no diera contra razon. Es de notar, que la misma viciosa propension que impulsa en este caso al demandante, influye en el bienhechor: *la pereza*. Por no trabajar alarga la mano el mendigo sin necesidad, y el compasivo sin criterio: en este último, entra como concausa del hecho, un móvil moral, elevado, la compasion; pero tan mezclada con un pecado grande, tan desdichadamente complicado, que el bien que indudablemente hay allí, parece no solo perdido, sino como trasformado en mal; y es grande el que se hace contribuyendo á que viva en la holganza viciosa del mendigo, quien podia ser un hombre digno y útil. Este hecho, más frecuente que observado, y que se repite bajo diferentes formas, es una prueba más, de cuán difícil es que llene bien un deber, quien no los conoce y los cumple todos.

CONCEPCION ARENAL.

Ceares, 27 de Julio de 1876.

SEVILLA CARITATIVA.

Excmo. Sr. D. José de Olózaga.

Mi querido amigo: ¿Ha estado V. alguna vez en Sevilla? Lo ignoro. Presumo, sin embargo, que en esa vida de V., que ya

no es corta, ni ha sido muy tranquila, tal vez haya V. pasado alguna vez por la capital de Andalucía.

Pero tambien presumo que, en tal caso, habrá V. hecho por aquel país la breve escursion de viajero y nada más. Habrá usted admirado aquellos sublimes cuadros del pincel inspirado de Murillo, aquella esbelta *Giralda*, orgullo de los sevillanos; aquella gótica catedral que tan religioso recogimiento inspira, aquel alcázar que tantas grandezas recuerda, los palacios modernos y las casas antiguas; y tantas otras memorias históricas que hacen de cada tortuoso callejon un sitio célebre, y de cada templo y de cada edificio público un objeto digno de estudio.

Pues bien, Sr. D. José; eso no es más que ver la Sevilla exterior y brillante. Hombres como V., que saben sentir y pensar como no piensa y siente la generalidad de las gentes, deben ver tambien la Sevilla moral, que no se pregona como la material y artística, que no se anuncia en Guías y en Indicadores, ni se ensalza en periódicos, ni viene marcada en la cartera del viajero como otra de las curiosidades que deben verse. Hablo de la Sevilla *caritativa*.

Y dicha esta palabra, regáñeme V., frunza el entrecejo, reniegue V. de amigos parlanchines, pero déjeme V. consignar que V. es digno de apreciar la caridad sevillana, porque es usted muy competente en esto como en otras cosas buenas.

Vaya V., pues, amigo mio, alguna vez á la ciudad del Guadalquivir; si no ahora, porque seria mucho pedir el que dejase V. las frescas arboledas de San Ildefonso por los 59 grados de calor que hay en Sevilla, al menos cuando en otoño, invierno y primavera se disfruta allí una temperatura suave y atractiva.

¿Y sabe V. lo que verá allí en materia de caridad? Pues dígalo V. como noticia anticipada para cuando haga el viaje. Ya que parece va haciéndose moda el sacar á relucir, aunque sea con gasa harto trasparente, la vida privada de algunas personas, sigamos esa moda, si bien con tendencia y objeto muy distinto.

En Sevilla tendrá usted mucha beneficencia pública que aplaudir y mucha caridad privada que admirar. De seguro simpatizará V. con una y con otra.

En materia de beneficencia oficial, hallará V. allí un *Hospital Central ó de la Sangre*, grandioso, perfecto, modelo en su clase y verdadero palacio de los pobres, que desmiente á cierto

amigo nuestro que se empeñó en sostener, en un concurso público, las ventajas de los pequeños hospitales y los inconvenientes de los grandes. En el hospital central, donde se albergan 500 enfermos, todas son ventajas, porque la caridad inteligente ha vencido todos los inconvenientes.

Más allá de ese establecimiento verá V. en el campo una gran casa aislada. Allí hay otro gran foco de beneficencia oficial, que es el *Hospital de San Lázaro*, donde se recogen los lazarinos, esos seres infelicísimos, heridos con la más penosa y repugnante de las enfermedades, los cuales se hallan asistidos y cuidados con el esmero más admirable, esmero que se extiende hasta embellecer aquel triste asilo con flores y jardines. La casa está junto al cementerio público de la ciudad, como antesala dolorosa de la estancia de la muerte, pues sabido es que á ella conduce la incurable enfermedad de la elefantiasis.

Si afectado por la vista de aquel triste asilo, se dirige usted luego hácia el centro de la ciudad, pregunte V. por el *Pozo santo*, y no hallará V. pozo santo ni profano de agua, sino manantial de virtudes las más meritorias. Es un antiquísimo hospital, destinado á albergar 70 mujeres ancianas y pobres; pero no basta tener estas dos circunstancias: es menester agregar el doloroso mérito de estar impedidas, baldadas, ciegas ó reducidas por otra enfermedad á esa impotencia senil que convierte la ancianidad en una segunda infancia, necesitada de toda clase de auxilios. Esas 70 infelices ancianas, que estarían alojadas en inmundas viviendas, acabando su vida y apresurando su muerte en el más doloroso desamparo, se hallan en el *Pozo santo* cuidadas por mujeres que parecen tener más de santas que de hermanas.

Al entrar en aquellos dormitorios donde hay tanta miseria, teme uno ver cierta suciedad repugnante y caras tétricas por el sufrimiento y los achaques; pero lo que se vé realmente es una limpieza y esmero que no le hay superior en la alcoba de la dama más aristocrática; y unos rostros en los cuales brilla cierta alegría y beatitud propia solo del bienestar material y moral. Verdad es que las *Hermanas Terciarias*, á cuyo cargo está la casa hace doscientos años, son unos verdaderos ángeles en la tierra y parecen tener el aspecto de tales y comunicarlo á sus protegidas.

De allí saldrá V., pues, conmovido, pero aun le esperan nuevas emociones de este género. Pronto encontrará V. el *Asilo*

de San Fernando, donde se recogen los mendigos de las calles, cuidándolos bien y procurando convertirlos en trabajadores útiles.

Más allá verá V. el *Hospicio provincial*, donde se albergan, educan é instruyen 800 huérfanos ó seres desvalidos, con todo el orden y esmero que solo puede llegar á establecerse cuando hay tesoros de caridad en las personas que cuidan de esos desgraciados. Las que dirigen el Hospicio inventan cada año una nueva mejora. La más notable y reciente es una *Escuela de sordo-mudos y ciegos*, establecida allí con una perfeccion tal, que rivaliza con las de Madrid y Barcelona, que son las mejores de España.

Una nueva correría le llevará á V. despues á la *Casa de Expósitos*. Allí pida V., exija extremos de buen orden y de cuidado fervoroso para sostener la vida débil de las infelices criaturas, que el delito ó la miseria arrojan al torno, y que la caridad recoge del mismo; y todo lo encontrará V. llevado á la perfeccion. Los más severos tratadistas de beneficencia, califican de buena una casa-cuna, cuando solo tiene al año un 50 por 100 de mortalidad. En la de Sevilla muere solo el 28, cifra elocuente que excusa comentarios.

Tal es la beneficencia oficial, en la cual la provincia y la ciudad gastan cantidades enormes; pero lo más notable es la clase de personas á quienes está encomendada la direccion y administracion de tan grandiosos establecimientos.

La ley de beneficencia dijo: «En cada establecimiento habrá tres empleados retribuidos, un Director, un Secretario-Contador y un Administrador-Depositario.» Pero los Sevillanos dijeron: «¿Para qué hacen falta empleados donde sobran hombres de caridad? ¿Para qué sirve la retribucion en dinero donde se estima en tanto la que consiste en la buena conciencia satisfecha?»

Y diciendo y haciendo, señalaron á cada uno de dichos establecimientos tres personas de las clases principales de la sociedad, que no solo desempeñan esos cargos gratuitamente, sino que lo hacen con el fervor propio de corazones templados al calor de los sentimientos más generosos y sublimes. Son personas de buena posicion, que podrian emplear su tiempo y su actividad en los negocios, en los placeres y en la política; pero que lo posponen todo al purísimo placer de la beneficencia. Quien quiera encontrarlos á todas horas, que los busque

en las enfermerías de los hospitales, en las salas del Asilo ó en los múltiples cuidados que exige el amparo y el socorro de tantos seres, que sin él perecerían. Y esto no es nuevo: en ciertas familias sevillanas viene como de abolengo exigente; pues las aficiones caritativas pasan de padres á hijos; realizándose en bien y con ventaja de los pobres, algo semejante á aquel mote de *nobleza obliga*, con que se imponían severos principios de honor las antiguas familias nobiliarias.

¡Ah! ¡Señor Olózaga! ¡qué lástima de *cruces de beneficencia* para esas gentes tan benéficas! ¡Qué plantel para esa *Orden civil*, tan decaída y tan digna de ser realzada! Dícenme que ahora hay un Gobernador que quiere *encausar* á todos esos señores, sometiéndolos á juicios contradictorios, cuyos fiscales trabajan ya activamente para hacer constar públicamente los servicios de cada uno, y que sirva esto de testimonio y de prueba para ingresar en la *Orden civil de beneficencia*. ¡Ojalá lo consiga!

Pero esta es la beneficencia oficial y necesariamente pública, porque no puede estar oculta. Pero hay otra, si cabe, más interesante aún, que trabaja en el silencio, que rechaza todo carácter ostentoso, y que apenas es conocida más que de Dios, para quien no hay nada oculto; de los pobres que reciben sus beneficios, y de algun observador, como cierto amigo de usted, que se empeña en sacar tales hechos de la reserva que los vela, porque cree que es un bien hacer público lo que puede servir de estímulo y de buen ejemplo.

Sobre este punto, en lo antiguo y en lo moderno, Sevilla tiene mucho de que envanecerse. En época antigua, figura y aun subsiste la aristocrática *Hermanidad de la Caridad*, en un tiempo poderosa y rica, hoy decaída, por falta de recursos, no de celo de los Hermanos, que siguen las reglas y los ejemplos que les dejaron sus antecesores, siendo un gran centro de socorro para los pobres. Está el *Beaterio de la Trinidad*, que tiene también vieja historia y sirve de asilo para huérfanas. Está la *Casa de Santa Isabel* para recogimiento y expiación voluntaria de mujeres culpables; y como fundación reciente está la casa de las *Hermanas de la Cruz*, destinada al socorro de los pobres en su propio domicilio.

Además de esto, que son ya instituciones organizadas sobre la base de un establecimiento, queda la caridad particular, trabajando, ya aislada, ya asociada, para ejercer un hermoso pro-

tectorado sobre las clases pobres. Como permanente, figuran las *Conferencias de San Vicente de Paul*, de señoras, que difunden por toda la ciudad su influjo benéfico y cristiano. Como transitorio, apenas hay una necesidad, surge una Asociación para atender á su remedio: cuando hubo epidemia, en forma de Juntas parroquiales; cuando ha habido guerra, en forma de reunion de señoras, para enviar material de curacion al socorro de los heridos, y hasta para dar luego pensiones á los inutilizados y á los huérfanos víctimas de ella.

Allí la caridad aislada y personal es fervorosa: no hay barreras formadas por el egoismo entre barrios de ricos y de pobres; porque la caridad de las señoras ricas rompe esas barreras y penetra por corrales y viviendas miserables en busca de pobrezas que socorrer ó de infortunios que consolar.

Es tan vehemente el impulso caritativo en algunas personas, que los lleva hasta hacer locuras, si pudiera haberlas en empresas de carácter generoso. Hé aquí un ejemplo reciente de ello.

Habia en la parroquia de San L. . . muchas niñas pobres destituidas de toda enseñanza, y algunas señoras caritativas, á quienes dolia presenciar ese abandono, la caridad las reunió en un pensamiento benéfico: la direccion ilustrada de un dignísimo y apostólico eclesiástico dió forma al pensamiento, y en breve se tradujo en hechos. Establecióse un colegio para la enseñanza de esas niñas, cuyo número llega ya á 60, siendo lo más notable que las señoras fundadoras son personalmente las maestras de las diversas clases y van diariamente y con un grande espíritu caritativo á desempeñar este santo profesorado. Y no contentas con esto, acaban de iniciar una ampliacion que consiste en convertir el colegio en asilo: ya tienen doce camas y doce huérfanas acogidas, habiéndose puesto al frente una de las mismas fundadoras, que vive con su improvisada familia de doce niñas pobres.

Dirá V. con razon: «¿y con qué recursos?» Con ninguno fijo: con los que dá una *esperanza*, sostenida por la *fé* y que tiene la *caridad* por santo objeto.

Seria interminable esta carta si hubiese de reseñar todas las manifestaciones de la caridad sevillana.

Vaya V., pues, allá, amigo mio; vaya V. y gozará, yo se lo aseguro. Allí verá V., entre otras cosas, algo que le interesará especialmente, porque responde á palpitaciones y fenómenos de

la vida triste, que pocos conocen mejor que V. Allí verá usted seres heridos por la desgracia, que han buscado y hallado *consuelo consolando*, y que, merced al ejercicio de la caridad, ofrecen el hermoso espectáculo de ver un dolor resignado que, al quitar del rostro las huellas sombrías del pesar agudo, las reemplazan con la sonrisa dulce de los ángeles.

Pero no vaya V. solo, Sr. D. José; llévase V. á aquel *Madri-leño* que solia escribir anónimamente en nuestra *Revista*; pícaro holgazan á quien me parece debe V. conocer, que, despues de hacernos ver lo que vale su pluma, nos abandona y deserta de las filas del trabajo honrado y fecundo en bienestar para los pobres. Dígale V. que cuando se ha tomado una vez puesto honroso en esas filas, ni la pereza es disculpable, ni permitido el desaliento.

Y puesto que tanto hemos hablado de caridad, téngala usted para disculpar lo pesado de esta carta, en gracia al menos de lo sincero que es el aprecio que le profesa su amigo

FAUSTO.

EL EGOISMO.

Que el egoismo es la sola fuente de la felicidad, es idea con harta frecuencia emitida; mas nosotros que siempre hemos mirado con horror tan repugnante defecto, creemos, que lejos de ser origen de bienestar, es por el contrario, ocasionado á producir males sin cuento aun para aquellos mismos que en él confían hallar la dicha.

Sostienen los defensores de tan absurda idea, (y cuenta que para bien de la humanidad muchos de sus adeptos lo son solo en teoría, puesto que al llegar al terreno de la práctica no pueden sugetar sus almas á tan mezquino sentimiento,) que siendo mucho mayor en esta mísera existencia el número de sinsabores que el de goces, mientras menos extendamos nuestros afectos fuera de nosotros mismos, tanto menor será el número de disgustos que nos hallemos expuestos á sufrir.

Hé aquí un cálculo al parecer exactamente matemático y que nosotros juzgamos perfectamente erróneo, puesto que lo que logran conseguir los que abrigan tan estrechas miras, no

es ciertamente disminuir la cantidad de sentimiento que sus almas sean capaces de contener, sino reconcentrar todo ese sentimiento en un solo objetivo: ellos mismos.

Y de aquí resulta, que si en los demás séres las afecciones al multiplicarse dan lugar á sufrir más contratiempos, en ellos ganan en intensidad lo que pierden de extension, ó para explicarnos más claro: vienen á ser esclavos de su personalidad, concentrando en la propia existencia toda su atención y todo el poder de sus almas, y llegando por esto á sufrir con la más pequeña contrariedad, mientras que séres de otro temple, almas ejercitadas en la escuela del dolor, solo se conmueven por verdaderas desgracias.

Nos sería fácil citar en apoyo de éste aserto miles de casos; pero no lo creemos necesario, puesto que nuestros lectores conocen, sin necesidad de que nosotros se los señalemos, esos *tipos repulsivos* que, amantes solo de sí mismos, ven impasibles profundas desgracias acaecidas á sus deudos ó conocidos (porque amigos no los tienen,) mientras sufren y lloran por pequeñas que á ellos solos pueden afectar.

Y si nada ganan bajo el punto de vista del sufrimiento, en cambio pierden, y mucho, bajo el punto de vista de los goces.

Que la Caridad es justamente la antítesis del egoísmo, no hay que discutirlo; mas en pechos ulcerados por su repugnante adversario no cabe ese sublime sentimiento, clara antorcha que guía é ilumina nuestras almas con sus vívidos resplandores, hácia el camino de la Eterna Dicha.

Y que la Caridad produce inefables y verdaderos goces, lo sabeis vosotras, mis queridas lectoras; vosotras que escuchais su Voz y que sentís palpitar vuestros corazones al oír enternecidas el relato de una desgracia; vosotras, que sentís correr vuestras lágrimas cuando dejándoos arrastrar de ese gran impulso, correis presurosas hasta la cabecera del enfermo, ó llevais vuestro óvolo á la mísera vivienda del necesitado.

¡Ah! ¿qué vale toda una vida de *indiferente egoísmo* ante el momento, aunque fugaz, de indeleble recuerdo, en que el abandonado huérfano nos demuestra con apasionadas caricias todo el agradecimiento de su alma; en que la triste madre llora sobre nuestro pecho, bendiciéndonos una y mil veces por haber llevado á la cabecera de su moribundo hijo, los recursos que á su precaria situación le eran negados? ¿Qué vale ante esos momentos de *tristes alegrías*, eso que los egoístas llaman tranquilo

bienestar, y que nosotros no dudamos en calificar de criminal indiferencia?

Sí; que criminal es aquel que ve sin conmoverse el mal de sus semejantes; criminal es aquel que, pudiendo, no lleva un consuelo al que sufre.

Desdichado, una y mil veces, el egoísta que deja de cumplir los preceptos divinos, y amándose solo á sí mismo olvida el sublime «amaos los unos á los otros como os ama mi Padre que está en los Cielos,» mandato que guía á los que con paso firme siguen la senda de la Santa Caridad.

ESPERANZA.

REVISTA DE MADRID.

El sol continúa desde su alto asiento prodigando sus rígoras caricias á la tierra, y esta, con esa sumisión planetaria nunca desmentida, sigue dando vueltas alrededor de su tirano, encubriendo con flores marchitas, con yerbas secas y frondoso ramaje, su candente corteza, próxima á estallar, si las deseadas lluvias no acuden en su auxilio. Este cielo trasparente y azul, del que con tanta frecuencia nos envanecemos, quisiéramos ahora verlo trocado por el brumoso horizonte del Norte de Europa. ¡Ni una nube en el cielo, ni una gota de agua en la tierra! ¡La sequedad y el calor por todas partes!... Tal es el estado de Madrid en el momento en que, mitad con tinta y mitad con sudor, escribo estos renglones.

Nuestros padres decían: «Agosto, frío en rostro;» pero ¡ay! nosotros que hemos visto caer como hojas secas, que no reverdecen jamás, los hábitos, las costumbres, y casi las creencias de los que nos engendraron, presenciemos también el descrédito de los refranes y adagios que hasta ahora habían sido considerados por doctos y profanos como un precioso legado de popular sabiduría.

Los que hemos tenido la desgracia de permanecer en Madrid con los abrasados ojos puestos sobre el termómetro, engrandecemos con la fantasía esa tierra de promisión donde se solazan los bañistas; tierra santa nos parece la trasparente y

húmeda arena de las playas donde media España se encuentra en agradable consorcio con las olas.

Cada costa es una sucursal madrileña. Madrid no es ya la córte que fundó Felipe II: ni tan siquiera es córte; puesto que el rey ha abandonado las magnificencias de su régio palacio por los campestres atractivos de la Granja. Madrid ha desertado, ó por mejor decir, Madrid se halla diseminado por toda España.

En vista de esto, ¿cómo he de hacer una revista de lo que no existe? ¿Ocurre algo? ¿Hay algun acontecimiento digno de mencionarse? Mas ya volverán de su escursion veraniega las damas, ornato de los salones, gloria de España, consuelo de los pobres; esos corazones sublimes y generosos, que así palpitan de entusiasmo ante una obra artística, leyendo un buen libro ú oyendo la interpretacion de un bello trozo de música, como se conmueven de pena, y vierten lágrimas que ruedan como perlas por sus mejillas, ante las desgracias del podre, visitando como hadas bienhechoras los infectos tugurios en que se alberga la miseria. Ya volverán... y entonces la Revista cobrará bríos, y los asuntos interesantes se ofrecerán á la pluma del revistero demandándole una publicidad que les será otorgada.

Pero entre tanto, los sucesos tienen poca variedad, ó por mejor decir, presentan variedades espantosas. Dijérase que marchan de acuerdo con la estacion, segun sus febriles manifestaciones.

Robos, suicidios, envenenamientos, incendios; hé aquí los asuntos del dia. Mas no todo es horripilante; entre los abrojos se hallan algunas flores; junto al veneno á veces la triaca.

Una de las mayores calamidades que pueden afligir á los habitantes de una poblacion, el incendio, ha encontrado, si no su remedio, su atenuacion en el aparato ensayado con verdadero éxito en la Plaza de la Villa. Dos veces bajó con él un bombero desde el balcon de un piso 4.º, deteniéndose ó descendiendo con rapidez, segun su voluntad. La idea de este aparato acudió á la imaginacion de su autor hallándose en el Circo ecuestre; todos hemos visto infinitas veces, cuando los gimnastas trabajan á grande altura, como enroscando una cuerda á una de sus piernas descenden tan fácilmente por medio de esta espiral, que pueden hacerlo hasta al compás de la orquesta. Pues bien, el aparato en cuestion está inspirado por este proce-

dimiento gimnástico; consiste en un cilindro de hierro por cuya espiral pasa una cuerda; esta cuerda queda sujeta por uno de sus extremos á los hierros de un balcon ó cualquiera otro asidero, y el cilindro va adherido á un cinturon que se ciñe la persona que ha de verificar el descenso. Impulsado el cilindro por el peso de esta persona, va descendiendo hasta dejarla en el suelo. El aparato, además de su utilidad, se recomienda por su baratura. Esperemos, pues, que dentro de algunos años se haya extendido hasta el punto de que sea tan comun en las casas como lo es hoy un estuche de navajas de afeitar ó un objeto de escritorio cualquiera. En casos de incendio, semejante aparato puede prestar servicios incomparables.

La frecuencia de suicidios perpetrados ó intentados en el viaducto de la calle de Segovia, ha llamado por fin la atención de las autoridades que han necesitado que aquel mónstruo de hierro ocasionara numerosas víctimas y cerrara multitud de ojos, para que el Ayuntamiento abriera los suyos y se convenciera de que era preciso tratar de remediar tanta desgracia. Aunque tarde, el remedio ha llegado. ¡Bendita sea la tosca valla de madera que hoy recorre de un extremo á otro las dos barandillas, sobrepasando la altura de estas en más de medio metro!

¿Cuáles y cuántas son las causas de tanto suicidio? ¿Quién es capaz de explicarlo? Pero, indudablemente, el mal es producto del siglo en que vivimos. Siglo de grandes exaltaciones, pero tambien de grandes decaimientos; siglo en que la pasión del lujo se ha generalizado hasta un punto increíble, en que las necesidades oprimen al hombre; siglo de Bolsa y de clubs; siglo de descreimiento, en que todo se pone en duda, en que nada hay sólido ni estable; siglo sin valladar, sin freno, sin fé que contenga ó amanse los espíritus... ¿qué ha de producir? Antiguamente, el que perdía la confianza en los hombres volvía los ojos á Dios y recuperaba su tranquilidad perdida: hoy, el panorama se ha restringido; no hay más allá; no se divisa nada por encima de los goces materiales, y el que se vé invadido por el desaliento, busca en el cañon de una pistola, en el cáñamo de una cuerda ó en los adoquines de una calle, el término á sus dolores.

.....
 Todo está hoy falsificado, desde las conciencias hasta los comestibles. La autoridad ha tenido que tomar severas dispo-

siciones para impedir el fraude en los artículos alimenticios, que con perjuicio de la moral y detrimento de la salud pública venian expendiendo algunos industriales poco escrupulosos en el arte de ganar dinero. Estos fraudes han estado á punto de producir un conflicto en la casa Hospicio de esta córte, y han hecho varias víctimas en un pueblo de Aragon llamado Villafranca. En este punto el chocolate ha servido de tósigo á toda la poblacion, confiada en las cualidades reparadoras del antiguo soconusco. Hasta el agua de algunos rios ha sido envenenada por la codicia de algunos aficionados á la pesca fácil y lucrativa. Además, en Barcelona, se ha descubirto una vasta falsificacion de billetes de banco. Pero ya he dicho antes que junto al veneno se encuentra la triaca. En la misma capital de Barcelona un mozo de café ha devuelto una cartera con cinco mil duros á un caballero que habia dejado esta pequeña fortuna encima de una mesa del establecimiento. El café en cuestion lleva el título de *Café de Quevedo*, aquel célebre escritor satírico que personificó tan brillantemente la importancia del oro en aquella magnífica letrilla que empieza así: «*Poderoso caballero es don Dinero.*» Hé aquí cinco mil duros que han logrado elevar á las nubes el proceder del citado camarero, digno de aplauso y de imitacion.

No hay como el trabajo para dar lastre moral á los individuos; y sobre todo, estos dias en que *La Correspondencia* nos ha hecho saber que los monarcas del imperio Otomano han ejercido siempre en sus momentos de ocio un oficio mecánico, puede decirse que la voluntad divina impuesta al primer hombre en el Paraiso, ha alcanzado el mayor grado de sancion apetecible. Despues de todo, nosotros siempre hemos sido muy trabajadores. Si el difunto Abdul-Azis tenia entre manos, pocos dias antes de sorprenderle el destronamiento y la muerte, la encuadernacion lujosa de un ejemplar del *Quijote*; si en Turquía ha habido un sultan encuadernador, nosotros tenemos *Regentes* en las imprentas.

B.

PENSAMIENTOS MORALES.

Casi toda la moral evangélica está reasumida en este divino precepto: "Amad á Dios sobre todas las cosas y al prógimo como á vosotros mismos."

"Amaos los unos á los otros (nos dice á todos el Divino Maestro.) Haced bien á los que os hagan mal; orad por los que os persiguen, ultrajan ó calumnian, y sereis verdaderos hijos de Dios."

El sol y las nubes derraman sus beneficios, lo mismo sobre las tierras sembradas por los justos que sobre las de los pecadores.

No juzgueis y no sereis juzgados; perdonad y sereis perdonados, pues con la misma vara que midiéreis sereis medidos.

No jureis por el cielo que es el trono de Dios, ni por la tierra que es su peana, ni por las criaturas que son la obra de sus manos. Sí ó no, son las únicas palabras con que debe afirmarse ó negarse alguna cosa. Todo juramento vano tiene mal origen.

La felicidad no estriba en la posesion de los bienes terrenales, que son pasajeros. ¿De qué le servirán al rico egoista sus tesoros, si solo para él los acumuló, olvidando el socorro de sus semejantes y por consiguiente el cuidado de su alma? Este rico será pobre ante Dios, que dijo: "En verdad os digo, que más fácilmente pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico por las puertas del cielo."

Donde coloca el hombre su tesoro, allí fija su pensamiento y apega su corazon.

Sepan los ambiciosos y los soberbios que, allá en el Reino del Padre Celestial, los primeros serán los últimos y los más humildes los primeros. Todo el que se ensalza será humillado.